



SEIS DIMENSIONES DEL MINISTERIO MULTIÉTNICO

SERIE DE SERMONES: POBLACIÓN | PARTICIPACIÓN | PODER | MARCANDO EL PASO | PROPÓSITO EN NUESTRA HISTORIA | **PRACTICANDO LA SOLIDARIDAD**

TJ SMITH

Practicando La Solidaridad

#6. ¿De qué forma estamos apoyando y defendiendo la comunidad multiétnica? ¿Cómo conllevamos el sufrimiento de los demás tanto a nivel individual como en comunidad? ?

Lucas 10:25-37

Saludos hermanos, mi nombre es TJ Smith y soy Lakota. Les saludo en este día desde la tierra del pueblo De-na'ina, y me siento honrado y privilegiado de estar en su tierra mientras hoy comparto con ustedes. Soy el pastor de la iglesia New Song Covenant en Anchorage, Alaska, y también soy el presidente de IMA, que es la Asociación de Ministros Indígenas, la cual es parte de la Comisión Multiétnica con CAPA, ALIPE y AAMA. Todos somos parte de la ECC. Así que quiero pedirles que hagan algo. Esto es un poco diferente, pero debido al COVID esta estamos viviendo una época diferente de todos modos, ¿o no?

Entonces para continuar, incluso pensando en esta realidad, esta es una forma diferente de compartir, a través de un vídeo, pero pensé que podríamos estar juntos, y esta sería una gran forma de conectarnos. A la cuenta de tres, lo que quiero que hagan es que respiren profundamente conmigo, y luego, cuando les indique, dejen salir el aire. Bastante simple, ¿verdad? Muy bien, ¿están listos para probar el experimento? Aquí vamos. Uno, dos, tres. ¿Cómo se sienten? Piensen en eso, tal vez sea la primera vez que han respirado con otro, en muchos sentidos, debido al COVID.

Con COVID ya no nos reunimos como solíamos hacerlo. Sé que algunas iglesias están volviendo a tener servicios presenciales. No estamos sentados y tomando café con otros, pero todavía estamos respirando. Me encantan las palabras del Jefe Seattle cuando dice esto.

“Todas las cosas comparten el mismo aliento, la bestia, el árbol, el hombre. El aire, comparte su espíritu con todas las formas de vida que sostiene.” Pienso en las culturas indígenas, y me encanta cómo en estas culturas, todo es sagrado para nosotros. Incluso el aliento, como dijo el Jefe Seattle, porque para nosotros debe llevarnos siempre de vuelta a quien lo creó, al Creador.

Recuerdo a mi tío, el tío Bob, así que si alguna vez van a Torrington, Wyoming y quieren excelente pan y salsa, llámenme, les diré a dónde ir. Es un lugar en el que siempre comemos cuando lo visito, y mi tío estaba allí, él tiene 80 años, estaba comiendo y entró un anciano Lakota y el espíritu de Dios le dijo: «Tienes que ir a comprarle desayuno». Así que le compré el desayuno y se sentó y habló con él, y estuvieron conversando. Y después de un tiempo, el anciano le preguntó a mi tío si le gustaría fumar una pipa con él.

Bueno, mi tío fuma pipa y es Lakota, así que entiende la importancia de esto. El anciano empaquetó el tabaco y encendió la pipa e hizo algunas inhalaciones, se dio la vuelta y se la dio a mi tío. Luego mi tío la fumó, se la devolvió, y el anciano le dijo esto. “Ahora somos hermanos, ya que hemos respirado el mismo aliento, ya que hemos tomado esta pipa juntos.” Poco después, mi tío fue invitado, tuvo el honor de ser invitado al funeral de este anciano, porque este anciano se había marchado. En nuestra cultura, eso significa que había muerto. Y no sólo fue invitado como un miembro de la familia y como su hermano, sino para compartir. Así que en este momento, quiero que hagamos esto de nuevo, por favor. Tomen un pequeño respiro, sin importar donde estén, estamos en esto juntos, como hermanas y como hermanos.

Quiero que volvamos a respirar profundamente, esta vez no como individuos como lo hicimos la primera vez, sino que esta vez, como familia. La Escritura dice: “Todos somos hijos de Dios”. A la cuenta de tres, ¿preparados? Uno, dos, tres. Gran trabajo, les agradezco que lo hagan conmigo, porque me pregunto, qué pasaría si, nos viéramos como hermanas y hermanos, no como nosotros y ellos. Pienso en nuestro mundo y la agitación y el estrés y la ansiedad en nuestro mundo y en este país de los Estados Unidos. Pienso en ello. Está bien si no estamos de acuerdo, pero no está bien si permitimos



que los problemas nos dividan, nos separen, que no nos hablemos, que nos convirtamos en nosotros y ellos. ¿Y si, y si pudiéramos defender a la familia, y no sólo a la familia que conocemos, sino a la familia que no conocemos? Para tratarnos como familia, para tratarnos con el respeto que cada uno merece, y no como vemos que ocurre en el mundo, ¿nosotros y ellos?

Pienso en esos momentos en los que el Creador me puso en un lugar en el que me llamó a defender a mi familia, que estaba siendo atacada, entonces yo ni siquiera sabía, y si ellos pasaran por mi lado el día de hoy, no sabría quiénes son, pero son mi familia. Yo estaba en un lugar y estaba en un momento donde podía intervenir y ayudar, donde otros podrían haber dado la espalda y conducido o pasado de largo y no haberlo visto. Dios me había puesto en un lugar para servir y ayudar a la familia. Recuerdo un día cuando regresaba de la escuela secundaria donde a menudo servía en el ministerio, y Dios me habló: “Mira a la izquierda”. y miré a la izquierda, y ahí estaba este hombre importante de Alaska que estaba golpeando a esta mujer, y Dios me dijo: “Da la vuelta a tu auto, ve”. Así que di la vuelta al camión y no había tráfico, lo cual es increíble en la carretera en la que estaba, y cuando me acerqué a él, pisé los frenos, había grava y polvo, y el hombre se dio la vuelta y yo bajé de mi auto y me interpose entre ellos, me aseguré de que la mujer estuviera bien y le dije que se fuera, y luego lo amonesté a él durante los siguientes cinco minutos para darle tiempo a ella de alejarse.

Recuerdo el tiempo en el que llegué a casa una vez y en la intersección donde estaba la esquina de mi casa, un tipo había sido chocado por detrás por una madre adolescente. Me enteré más tarde que ella tenía 19 años y traía a un niño pequeño en la parte trasera de su auto, y este tipo medía 1,90 y empezó a gritar, “Arruinaste mi vida, has arruinado mi auto”, y así sucesivamente, y esta madre adolescente estaba llorando. Y mientras cruzaba la calle le pedí al Creador que me diera fuerza para saber qué hacer, me paro frente a este tipo y le digo, “Señor, tiene dos opciones. “Calmarse o lo calmo yo”. Y él se calmó, y luego un vecino más tarde dijo, después de que la policía había llegado, “Hombre, la influencia tranquilizante que tuviste allí fue increíble.”

Recuerdo cuando trabajé en un refugio para indigentes, yo era un instructor y estaba a cargo de mantener la seguridad en el almuerzo, y un hombre afroamericano,

pisoteó y empujó a otro hombre, y le dio un pisotón en el pecho y lo empujó, sólo por un trozo de pastel. Y como encargado de la seguridad, tuve que hacer algo, pero sé que en mi historia, van a escuchar a Fred, porque así es como llamo a las personas, a los hombres en la historia, mientras Fred lo pisotea yo digo, “Dios Creador, ¿qué hago? ¿Cómo contengo y controlo esto?” Yo conocía a Fred y él me conocía a mí, y le toqué el hombro y le dije, “Fred”. “Lo sé TJ, metí la pata, me voy”. Y mientras lo acompañe fuera, pensaba, Señor, ¿cómo puedo ayudar a este hermano?

Vivir y tratar a cada uno como familia, con respeto, es cada vez más difícil en nuestro mundo. El mundo está más dividido, el mundo es cada vez más “nosotros y ellos”. No nos vemos como una familia. Nos vemos como usted contra mí, mi gente, mi cultura, contra su gente, su cultura, mi país contra su país. Como persona de color, como hombre Lakota, y hablando con mis hermanas y hermanos en la Comisión Multiétnica, nos damos cuenta que la realidad de “nosotros y ellos” es aún más profunda y más obvia ya que estamos más divididos en nuestra nación. Y en Canadá, es lo mismo o peor, nosotros como indígenas somos invisibles. No somos aceptados en la cultura occidental porque no somos lo suficientemente blancos. Yo pienso diferente. Incluso como me presenté, di una bienvenida protocolaria tradicional, un reconocimiento de quién soy y de la tierra en la que estoy. Recuerdo cuando yo viajaba en los viejos tiempos, ya saben, cuando podíamos subir a los aviones e ir a lugares y reunirnos con la gente, sí, esos viejos tiempos, pues tengo una aplicación en mi teléfono que me dice cuando me bajo, en qué tierra estoy, y reconozco y agradezco que estoy en su tierra, agradezco a las personas que han dado esa tierra y han cuidado de esa tierra para nosotros.

Pienso en Midwinter de hace un par de años cuando un hermano Nubiak y yo nos sentamos y estuvimos escuchando, y nos miramos con aflicción en los ojos, porque un hermano hablaba de la plantación de una iglesia en Oklahoma, y enumeraba a toda la gente de su comunidad que estaba alcanzando, y nombró a todas las diferentes etnias y personas de color, y las personas de la cultura occidental. Mi hermano y yo nos miramos, con lágrimas en los ojos, y dijimos: “No nos mencionó”. No sé si conocen la historia de los Estados Unidos. Oklahoma es un lugar que llamamos el Sendero de Lágrimas, donde



cinco naciones fueron expulsadas de sus tierras para que los dueños de las plantaciones pudieran tener esas tierras, y traer esclavos para trabajar en sus campos. Hay cinco naciones allí, y sin embargo somos invisibles.

Pienso en nuestro propio viaje, especialmente siendo invisibles como indígenas. Hay una persona que conozco socialmente, y su nombre es Fred. Un Fred diferente, pero es Fred, y yo estaba en una recaudación de fondos para la escuela de mi esposa, y conozco a Fred desde hace un par de años, y me dijo: “¿Acabas de volver de Hawái?” Le dije: “No”. Porque en Alaska, todos vamos a Hawái en el invierno. Bueno, mucha gente va a Hawái en invierno, ¿no? Un poco de sol, un poco de calor, no el frío. Y yo dije: “No, no he estado en Hawái. No sé de qué estás hablando”. Y me dijo: “Oh, pero tuviste que estar en Hawaii, estás tan bronceado.” “No, no he estado en Hawái”. Después de unos 30 segundos de intercambiar esta discusión, mi mujer le dice: “Fred, sabes que TJ es indígena, ¿verdad?” “No, no sabía, no puede serlo”.

Él no me conoce. De nuevo, somos invisibles. No encajamos. “Nosotros y ellos”. Por favor, entiendan, vemos esto en todas nuestras culturas, en cada una de nuestras culturas. Todos tenemos un prejuicio implícito.

Pienso en las palabras que Mark Charles y Soong-Chan Rah escribieron en la página 99 de “Unsettling Truths” del Instituto Kirwan de la Universidad Estatal de Ohio, definen el prejuicio implícito como, “La actitud o los estereotipos que afectan a nuestra comprensión, acciones y decisiones, línea realmente importante, de manera inconsciente”. Nuestro prejuicio implícito ni siquiera es de una manera consciente. Es algo con lo que hemos crecido. Es algo que, debido a donde crecemos, o la música que escuchamos, o las noticias que vemos, o los programas de televisión que vemos, tenemos este prejuicio inconsciente de lo que somos. Continúa diciendo, “El prejuicio implícito revela cómo nuestros cerebros crean una asociación entre nosotros y los que nos rodean”. Quiero repetir eso. “El prejuicio implícito revela cómo nuestros cerebros crean una asociación entre nosotros y los que nos rodean”. El prejuicio implícito crea un “nosotros y ellos” de una forma y manera inconsciente.

Mi esperanza al compartir esto es empezar a cambiar esa perspectiva y esa percepción, cambiar un poco el color de nuestra lente para empezar a ver nuestros desagradables prejuicios. Verán, creo que el demonio

quiere que seamos un “nosotros y ellos”, porque si no estamos unidos, si no somos el cuerpo de Cristo juntos, si estamos divididos, no le podemos resistir. Eclesiastés dice: “Cordón de tres dobleces no se rompe pronto”. Así que si somos individuos, podemos rompernos, pero si somos el cuerpo, somos un cordón de tres. Y como lo hicimos al principio, tomamos un aliento como individuos y tomamos un aliento como comunidad, no vamos a rompernos. El demonio quiere que seamos individuos.

En el tiempo de Jesucristo, había un prejuicio implícito. Un pasaje que sé que han escuchado antes, pero quiero y espero verlo a través de una nueva lente, verlo a través de la lente de mis ojos, de mi cultura, como Lakota.

El texto es Lucas 10:25-37, y voy a hacer algo diferente. Vamos a ver los versículos del 29 al 35 y luego del 25 al 28, y luego terminaremos con el 36 y el 37. Dice en Lucas 10, la parábola del Buen Samaritano.

“Pero él quería justificarse a sí mismo, así que él,” en la NVI dice, “experto en la ley,” y la CEV dice, “cierto abogado,” y en El Mensaje dice, “estudioso de la religión,” “preguntó a Jesús: ‘¿Y quién es mi prójimo?’”

“Jesús respondió: —**Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó.**”

Quiero detenerme aquí, porque me encanta la forma en que Jesús responde esto. Jesús responde una pregunta con una historia, y eso me llega de verdad a mi corazón. Si ustedes y yo tenemos una conversación, si me hacen una pregunta, probablemente les contaré una historia, porque al contarles una historia como lo hizo Jesús, mi esperanza y mi oración. Es que en lugar de que yo les hable, más bien permitamos que el Espíritu Santo diga lo que necesitan oír, lo que necesitan escuchar, y con lo que necesitan luchar.

Volvamos a Lucas. **“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó. “y cayó en manos de unos ladrones, “Le quitaron la ropa, “lo golpearon y se fueron. “Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita”.**

Y un levita es un servidor en el templo, ¿no? tal vez un pastor asociado, o pastor de jóvenes, o pastor de la obra, o anciano o diácono. **“Y un hombre de la tribu de Leví, “-cuyo trabajo era en el templo-. “llegó a aquel lugar y, al verlo, se desvió y siguió de largo”. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo-**



lo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó”.

En la época de Jesús y del Nuevo Testamento, el aceite y el vino eran medicina. “Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó sus denarios, el salario de un día, y se las dio al dueño del alojamiento y le dijo, ‘Cuídemelo, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”.

Vemos este pasaje y pensamos en quién debería haberlo ayudado. Pues debería haber sido el líder religioso, debería haber sido el servidor del templo, pero no fueron ellos. Fue el precisamente aquel que no era aceptado por la tradición y cultura judía dominante. Ese fue el que se ocupó de él.

Tal vez nos preguntemos, nosotros como iglesia, ¿cómo responderíamos si estuviéramos en esa situación? ¿Le tenderíamos la mano a ese prójimo, a ese vecino que es diferente a nosotros, a esa persona que tal vez está sufriendo o que está sin hogar al lado de la calle, a esa viuda o ese huérfano que no puede responder en estos tiempos de COVID? A esa persona que no puede ir a la tienda que necesita esa ayuda extra?

Comprendan que no todos podemos responder a cada crisis de necesidad, pero es por eso que Dios nos ha puesto como un cuerpo, para que cada uno responda según la forma en que estamos dotados y según la forma en que somos llamados. ¿A quién se le pide y se le llama a responder? ¿A quiénes están llamados a servir? ¿A quiénes están llamados a ayudar que en su camino? ¿Con quién van a caminar, no para caminar por él, sino para caminar con él? ¿Quiénes son ustedes para compartir su historia y ayudar a otro en su sanidad? “Nosotros y ellos”.

Como persona indígena, como dije antes, no pertenezco. Soy diferente. No soy aceptado como un igual. Incluso miren en nuestra Declaración de Independencia que nos llama salvajes despiadados. Y las hermanas y hermanos afroamericanos, según la Constitución, dice que son 3/5 partes humanos. Esa no es la Imagen de Dios. Eso no es quiénes somos y cómo Dios nos creó, pero sí es como el demonio nos separa. Así que al ver este pasaje, vemos el “nosotros y el ellos”, los de la tradición y cultura judía, y el samaritano. Es posible que no conozcan esta historia.

El Reino del Sur de Judá cayó ante Babilonia en el

año 600 a.C. aproximadamente. Su pueblo también fue llevado al cautiverio. 70 años más tarde, a un remanente de aproximadamente 43.000 se les permitió regresar y reconstruir Jerusalén. El pueblo que ahora habitaba el antiguo Reino del Norte, los samaritanos, es decir, en parte judíos, se opusieron enérgicamente a la repatriación y trataron de socavar el intento de restablecer la nación. Por su parte, los judíos monoteístas de pura sangre detestaban los matrimonios mixtos y el culto de sus primos del norte. Se levantaron muros de amargura en ambos lados, y no hicieron más que endurecerse durante los siguientes 550 años. Son familia, pero permitieron que esa división, ese “nosotros y ellos”, los dividiera. Esas profundas divisiones pueden matarnos.

Esa actitud de “no eres lo suficientemente bueno”, “no eres como yo”. No la entiendo. Veamos ahora el pasaje en los versículos 25 al 28. En el versículo 25, se le pregunta a Jesús, “¿Cómo entramos en el reino? Y, “¿Cómo podemos vivir en el reino?” En Lucas 10:25, “En una ocasión, un experto en la ley,” de nuevo, la CEV dice: “un cierto abogado”, y en El Mensaje dice, “estudioso de la religión,” “se levantó para poner a prueba a Jesús. “Maestro’, le dijo, “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”.- Eso es un sermón en sí mismo, pero no lo haremos hoy. “Lo que está escrito en la ley,” le contestó Jesús, “¿y cómo la interpretas tú?” De nuevo, Jesús está haciendo preguntas. Nos está haciendo buscar dentro del propio corazón.

“Respondió: ‘Ama al Señor, tu Dios, con todo tu corazón “ con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente “y ama a tu prójimo como a ti mismo.’ “Bien contestado”, dijo Jesús. “Haz eso, y vivirás”. Esa referencia a amar a los demás como Dios ama, está en Mateo, Marcos y Lucas, y sale de Deuteronomio 6:5.

Pensemos en el hombre al lado del camino que fue golpeado por los ladrones. ¿Quién debería haber entendido y conocido y vivido este versículo? Está en Deuteronomio. Deberían haber sido los religiosos. Deberían haber sabido amar y practicar esa solidaridad al conocer el libro del Deuteronomio. Así es como están llamados a servir, para mostrar y compartir el amor del Creador con otros. Sin embargo, aquel hombre era un marginado, era un mestizo. Una persona invisible para el pueblo judío y es precisamente a quien Jesús utilizó en la historia para alcanzarlos. Hubo unas “manos y unos pies” de Dios para ayudar a una persona necesitada. El samaritano fue el



que practicó la solidaridad. Lo hizo porque no vio a una persona diferente que yacía herida, golpeada y moribunda, sino que vio a su hermano, lo vio como familia. En la mayoría de las culturas indígenas, nos vemos unos a otros como familia.

En mi cultura, en la cultura Lakota, tenemos una frase llamada. Significa que todos somos parientes, o todos mis parientes. Cuando nos saludamos, decimos, como he hecho al principio. “Hola, mi pariente”. El desafío de Jesús al final del pasaje, para el experto de la ley, para ustedes, para mí, y para nosotros como Iglesia, es amar con toda nuestra fuerza aquellos que son quizás “extraños” que no pueden dar nada a cambio.

Versículos 36 y 37, “¿Cuál de estos tres, preguntó Jesús, “crees que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” “El experto en la ley respondió, “ El que se compadeció de él. “Jesús le dijo: “ Anda entonces y haz tú lo mismo “. ¿Haremos lo que Cristo manda? ¿Iremos y haremos lo mismo? ¿Amaremos a los demás como somos amados por el Creador? -Él nos ama como estamos y cómo somos- ¿Practicaremos la solidaridad amando a los demás? ¿Seremos hermanas y hermanos en vez de “nosotros y ellos”?

Me pregunto, cuando leemos este pasaje, cuando escuchamos este pasaje, ¿vemos a la otra persona como ellos cuando vemos a esa persona al lado del camino? Y para responder a esa pregunta ¿cómo ven a una persona sin hogar en su comunidad? ¿Cómo ven a una persona de diferente etnia en su comunidad? Si ven las noticias, ¿cómo las ven? ¿Lo ven como una hermana o un hermano o lo ven como “un nosotros y un ellos”? ¿Nos amamos unos a otros como Dios nos ama? Es lo que la Escritura nos llama a hacer. ¿O sólo amamos a los que son como nosotros? El síndrome de nosotros y ellos. ¿Escuchamos a otro que es de una cultura diferente, y les preguntamos de corazón para aprender de ellos, o asumimos que ya lo sabemos, porque lo vimos en una película o lo leímos en un libro, o tenemos un amigo asiático o latino o negro, pero quizás nunca les hemos preguntado ¿su punto de vista, su opinión?

Estamos llamados a ser hermanos y hermanas. Estamos llamados a dejar de mirarnos a nosotros mismos. En nuestra cultura, todo se trata de la comunidad, no se trata del individuo. No se trata de mí, sino de nosotros. ¿Creemos eso y lo vivimos, como creo que Dios nos llama a hacerlo? ¿Quitaremos nuestros ojos de

nosotros mismos y los pondremos en Dios? De nuevo, como persona indígena, todo lo que hacemos es sagrado. Incluso cuando nos trenzamos el pelo, las tres partes son cuerpo, mente y espíritu. Todo es sagrado para nosotros, como mi tío, que tomó y compartió la pipa con el anciano, era sagrado. Recuerdo haber sido llamado a la Familia de Dios, sin embargo, a veces no quiero ir. No quiero ser ese buen hermano. No quiero cruzar ese camino. Es humano. No quiero parecer tonto al detenerme y ayudar a esa persona. No tengo tiempo, tengo un horario, tengo que ponerme en marcha. No quiero ensuciarme las manos.

Al samaritano no le importó quién era el hombre. No le importó que estuviera herido. No le importó si era de una cultura diferente, no le importó si le iba a costar. Se dijo: “Este es mi hermano que está sufriendo. “Tengo que hacer mi parte”. Incluso si la factura es grande, la próxima vez que venga, me encargaré de ello. Así que creo que este samaritano vivió practicando la solidaridad mucho mejor que los religiosos. Hizo lo que dice Marcos 12:29-30. En la biblia en paráfrasis dice, “El Señor tu Dios uno es, “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Y el segundo es semejante. “Ama a los demás como a ti mismo. “No hay otro mandamiento mayor que estos”.

Practicar la solidaridad es vivir ese versículo, y para poder hacerlo, sólo puedo amar a los demás como me amo a mí mismo, y sólo puedo amarme a mí mismo si permito que Dios me ame, y permitiendo que Dios me ame, entonces puedo amar a los demás donde quiera que estén. En cuanto a nosotros, veo cómo nos tratamos los unos a los otros, cómo hablamos de los otros, cómo nos lanzamos al cuello de los demás, cómo eso nos divide en nosotros y ellos, en lugar de hacer preguntas. No tenemos que estar de acuerdo, sino hacer la pregunta para entender. Mi corazón está dolido, en mi cultura, todos somos familia, sin embargo nuestro mundo sigue dividiéndonos en “nosotros y ellos”, y seguimos mordiendo el anzuelo de la división con nuestros prejuicios, de los que a menudo ni siquiera somos conscientes, simplemente inconscientes de quienes somos.

En nuestras culturas en los EE. UU. y Canadá no nos relacionamos como parientes, sino solo pensamos en nosotros mismos. De nuevo, no es a lo que Cristo nos ha llamado. En Mateo 25:40 dice, “El Rey responderá, ‘en verdad os digo que todo lo que hicisteis por el



más pequeño de estos hermanos míos lo hicisteis por mí”. ¿Practicaremos la solidaridad? Pienso en el buen samaritano.

No fueron los que tenían el conocimiento intelectual sobre el Creador, sino el que tenía el conocimiento en el corazón, el que vivió la solidaridad con ese hermano al lado del camino. El reto para ustedes y para mí, es lo que el Espíritu Santo ponga en su corazón, ¿cómo lo está llamando Dios a mostrar y a compartir el amor del Creador?

A caminar en solidaridad con los demás donde estén y como estén, a ser esa hermana o ese hermano para otro miembro de la familia, a tender la mano y ayudar a cerrar sus heridas contando su historia de cómo se han sanado sus propias heridas, a recorrer juntos el camino y a participar en su sanación.

Glenn Peterson el Superintendente de la CCE en Canadá, me ha dado permiso de compartir esta oración. Hagámosla como una oración mutua, mirándonos a cada uno de nosotros, así como hemos sido creados y

llamados a practicar la solidaridad, y como una deuda al Buen Samaritano. “Que la sabiduría se enaltezca para poder enfrentar el desafío con compasión”.

Caminemos en oración mi familia extendida, mis parientes, oremos:

“Dios Creador, ayúdanos a caminar con compasión, a ser conscientes de los prejuicios implícitos que vivimos inconscientemente. Ayúdanos a ver a nuestras hermanas y hermanos en todos los momentos y situaciones. Ayúdanos a recibir los dones que a cada uno nos has dado, para servir a nuestra familia, a los que nos rodean, a los que pones en nuestro camino. Gracias por el tiempo y por tu Espíritu puesto en cada uno de nuestros corazones para actuar, y ayúdanos a responder a tu llamado, para reflejar el pleno reino de Dios”.

Y que podamos recordar las palabras de Apocalipsis 7:9 “ Después de esto miré, y apareció una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan grande que nadie podía contarla. Estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano”.